

# LUGA- RES CO- MUNES

---

NARRATIVA

13/6/2014

VELÁZQUEZ



Yo, generalmente, me siento en uno de los (poco confiables) asientos de plástico reciclado, que el movimiento pro ambiente se encargó de abulonar en los sectores lindantes a la playa de estacionamiento.

Los colectivos arriban y, al igual que con los aviones, el reconocimiento por parte de los pasajeros es ínfimo. La expresión "gracias" pierde fuerza, convirtiéndose en el eslabón perdido.

En el lapso de tiempo que pareciera ser el más inútilmente gastado de mi vida, puedo pensar, reflexionar, idear proyectos, cantar internamente, sufrir por determinado acontecimiento. Y nadie se da cuenta. Asimismo, la señora de 74 años que se sienta cautelosamente a mi derecha también está llorando la muerte prematura de un hijo modelo. Por dentro. Los dos o tres oficiales de policía que fuman y sonríen "a media asta", conversan sobre el clima, las noticias de los diarios, el inminente aumento de sueldo después de una serie de turbulentas negociaciones. Y reclaman a su espíritu un descanso, por dentro. Veo como algunas mujeres se bajan apuradas de un coche, llevando a cuestas a sus hijos pequeños, para poder alcanzar el otro, que ya sale, que es el único que los depositará cerca de su hogar, con los suyos. O quizás ellos son suficientes y no hay nadie más que coma en la mesa. Si es que tienen. Y me atormento, continuamente, con las millones de situaciones que convergen en un edificio sin alma, sin quintaesencia, sin aura.

Soy una persona extremadamente sensible con determinadas puestas en escena. A menudo me convezco de que no soy el único.

Enseguida es todo más rápido de lo normal, más estrepitoso: suben y bajan estas gentes desconocidas, pero con las cuales comparto la necesidad de trasladarme; se saludan viejos amigos y dejan derramar algunas lágrimas lastimosas, de perdones reprimidos y de abrazos por dar, porque qué sé yo, hay que irse, viejo; padres o madres que se van de viaje y los hijos, todavía bebés y un poco obligados, saludan al aire con la mirada perdida, la nariz resfriada y la ilusión latente de verlos volver pronto. Deberían poder entender que todo se hace por ellos. No hay excusa, no hay suplicio y no hay escapatoria al mandato divino de amar a un hijo. Hay plegarias, hay deseos y hay amor. Fundamentalmente, amor.

No se trata de mí, en absoluto, pero creo que debería haber comido mejor antes de salir. Siempre salgo apurado, en primer lugar, porque mi ansiedad no me deja ni siquiera pensar en perder el viaje. Por otra parte, con el tiempo he logrado disfrutar esos momentos de plena conexión con mi alma y mi mente que duran lo que duró la ilusión de los grandes mártires de la historia universal. Mi música, mis libros o apuntes, mi silencio, me trasladan a cualquier punto que yo desee, siempre y cuando haga mi aporte de concentración. Que no es nada fácil cuando, con la panza vacía, me llaman más la atención las grandes combinaciones pan-"algo en el medio"-pan que vuelan desde el buffet de la terminal hacia las bocas de comensales un tanto menos obsesivos-compulsivos. Pero no puedo sostener la mirada sin sentirme culpable. Porque hay cientos de pibes esquivando valijas y bolsos, soportando exámenes visuales compasivos (como puede ser el mío) o,

peor, los que están llenos de prejuicios. Ellos sólo piden una contribución que es mínima para uno y es tocar el cielo para ellos, aunque muchas veces nos sujetemos a pretextos tan baratos como el decir: "esa plata la usan para drogarse"; "se la dan a los padres para que no laburen". ¿Sólo con eso vamos a lavarnos las manos? ¿Sólo así esquivamos nuestro sentido común que llora igual que esos chicos? Y nos sentimos mejor buscando argumentos que completen las nociones anteriores. El pecado se borra cuando la culpa la cargan los políticos, para dejarnos a nosotros ser una víctima más del sistema que nos sigue engordando con hamburguesas atenta genética.

Y no se trata de usted, menos. Quizás sólo tenga que ver con desmitificar los lugares comunes. Que el muchacho que numera y guarda el equipaje merece un reconocimiento mayor. Que la buena predisposición de los boleteros empieza por la de uno como cliente. Que esa despersonalización y ese individualismo que tanto nos ha lastimado como seres humanos sociables que debemos ser, son unos de los flagelos que comienzan a verse debilitados con un saludo cordial. Que puede haber carnaval, y no necesariamente estamos en Brasil, si a todo nos enfrentamos con una sonrisa.

La terminal de ómnibus será recordada, quién sabe cuántos siglos más adelante, como el espacio físico donde se congregan todas las clases sociales, todas las historias dolorosas y todas las carcajadas más sinceras, porque son las que despiden o las que reciben a los seres queridos. Es, posiblemente, parte de los minutos más despojados de corrección y empapados de humanidad salvaje que tenemos para con nosotros mismos, donde no importa quién tengamos al lado, ya que ése está pasando por el mismo huracán de encontronazos sentimentales. No hay que aparentar ni disimular. No sirve la moderación. Es donde todo cobra sentido para el que llega a su casa y es el mundo desmoronándose para quien tiene que alejarse. Y sentir que quiere volver.